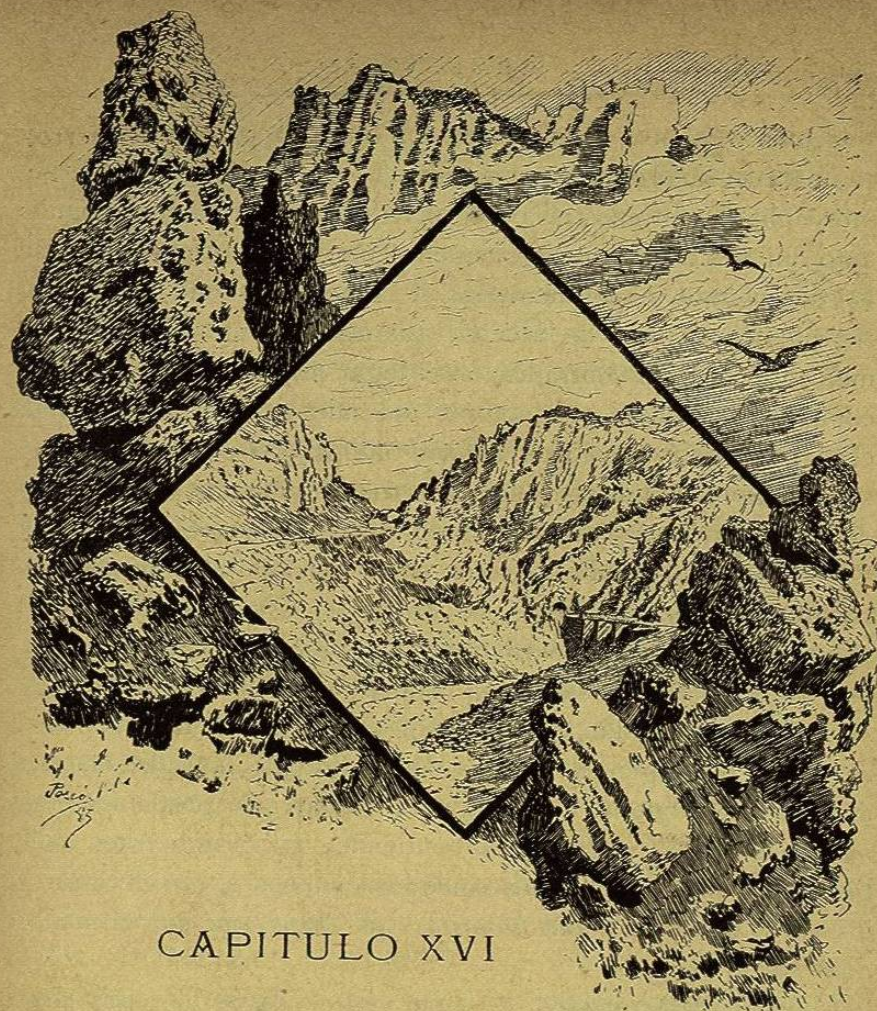


cara de cobre, azogue y mercurio, vino común y pirita de hierro, en la siguiente proporción y forma:

Mineral de cobre.	27.762,797	pesetas.
Cáscara de cobre.	27.576,336	»
Vino común ó de pasto.	11.842,850	»
Azogue y mercurio.	10.179,439	»
Pirita de hierro.	1.218,781	»

De las industrias y producciones del país, exportó mármoles, corcho, jamones y carnes saladas, tocino y manteca de cerdo, cebada, hortalizas, legumbres, castañas, uvas, higos, naranjas, aceite de olivas, embutidos, etc., en la relación que determina el adjunto cuadro:

Mármoles.	1,599	pesetas.
Azulejos.	450	»
Colores en polvo.	306,075	»
Tártaro crudo.	516,234	»
Corcho { en planchas.	60,790	} 1.095,547
{ en taponés.	975,772	
{ en cualquier forma.	58,985	
Jamones y carnes saladas.	125	»
Tocino y manteca de cerdo.	263	»
Cebada.	14,000	»
Cereales.	75,400	»
Hortalizas y legumbres.	8,598	»
Castañas.	148,533	»
Higos secos.	6,160	»
Naranjas.	6,169	»
Uvas.	67,238	»
Aceite de olivas.	246,362	»



CAPITULO XVI

De Huelva á Río-Tinto.—El Ferro-carril minero.—Aspecto de las minas.—Noticias históricas hasta nuestros días respecto de su explotación y beneficio.—Noticias estadísticas.

SI hasta aquí, complaciente y bondadoso, nos has acompañado en la paciente y poco productiva serie de investigaciones artístico-arqueológicas intentadas por nosotros en la parte llana de esta provincia, visitando aquellas localidades de mayor renombre y autoridad históricos, allí existentes con varia fortuna todavía,—hora es ya, lector, de que procuremos para ti algún descanso en tareas de tal empeño, y dando al olvido cuanto se

relaciona ó pudiera relacionarse con los tiempos que pasaron, y tan escasas huellas tuyas han dejado donde quiera que te hemos obligado en nuestra peregrinación á seguirnos, busquemos algo que sea á manera de compensación y desquite respecto de los desengaños experimentados. Y como es á todas luces notorio que la provincia de Huelva aparece sin disputa cual la primera, y ocupa sin contradicción el lugar más eminente entre las comarcas españolas productoras del mineral cobrizo, y en muchas y repetidas ocasiones habrás oído hablar por lo menos de sus criaderos famosos,—pues tan tristes consecuencias hemos deducido juntos del estado que en Huelva alcanzan la industria y el comercio, según el parecer algo severo de los mismos escritores locales, no habrás de oponerte á venir con nosotros ahora, y visitar los criaderos referidos, para juzgar libremente y por ti propio de la cuestión ya conocida con el nombre de *los humos de Huelva*, tan controvertida en todos los terrenos, á la cual sirve de origen el sistema empleado para las calcinaciones del mineral, y que ha dado, da y ha de dar aún probablemente motivo á reñidas y reiteradas contiendas, las cuales traen hace tiempo divididos los ánimos entre los onubenses, por declararse los unos *humistas* y *anti-humistas* los otros, que son el mayor número.

Porque, caracterizando el suelo feraz y alegre de esta provincia, y dándole verdaderamente fisonomía y representación determinadas, no hay dudar de que uno de los principales atractivos que hoy ofrece, ya que de todas suertes el principal no sea, lo constituyen los magníficos criaderos mencionados, que en su parte montañosa abundan, y á los cuales por modo inquestionable es deudora la capital de su prosperidad presente, como lo será de su engrandecimiento en lo futuro, según con nosotros y antes que nosotros los propios naturales lo reconocen y publican. Por su importancia, por su nombradía, por la antigüedad misma á que su explotación se remonta, y por el número y clase de sus productos en el ramo de laboreo y en el

de beneficio,—entre los diversos criaderos de aquel mineral, de que se halla sembrado por así decirlo el sub-suelo de esta comarca alta de Huelva, ningunos más ricos ni más notables en justicia, según lo atestigua con su imponente fábrica en la que fué villa de los Guzmanes, el soberbio muelle construído sobre la hermosa ría del Odiél, que los que radican en Río-Tinto. Ellos han sido los que, en época bien reciente, han dado ocasión y origen á conflictos y aun colisiones sangrientas de cierta resonancia, y á varias y encontradas disposiciones gubernativas, encaminadas á resolverlos con extraña desconformidad de criterio; ellos, con los de *Tharsis*, han sido los que han dividido la opinión en Huelva y fuera de Huelva, y los que, sin embargo, van por donde quiera que pasan los productos suyos, derramando prosperidad y vida, como obliga á reconocer la imparcialidad, y como es sin vacilación ni apasionamiento evidente, pues la antigua *Onuba Aestuaria* de nuestros días, no es en rigor sino mercado y puerto de las producciones mineras de su provincia, como lo fué en las edades más remotas de la historia.

Propiedad un tiempo del Estado, cual lo fueron de la Corona, lo son hoy para vergüenza nuestra de importante sociedad inglesa, bajo la razón social de *The Río-Tinto Company Limited* constituída, en cuyas manos y á cuyo influjo poderoso todo ha cambiado de aspecto como por arte de magia: ya no se ve llegar á Huelva aquel rosario interminable que bordaba las orillas del Tinto, formado por las bestias de tiro y carga, polvorientas, fatigadas y oprimidas bajo la pesadumbre del mineral beneficiado, según aparecen en la zona minera de Cartagena y en la de Almería; ya no tampoco el metal obtenido sirve de alimento exclusivamente casi, como en otros días, á nuestras pobres fábricas, tan escasas y tan poco importantes, con relación á las extranjeras: la *Río-Tinto Company Limited*, ha abierto caminos, ha hendido montes, ha llevado consigo, en fin, todos los adelantos modernos, y en lugar de aquellos carretones y de aque-

llas bestias cargadas, ha construído para la explotación del mineral cobrizo pintoresca línea férrea, por donde diariamente discurren no menos de diez trenes ascendentes y otros tantos descendentes, no suspendidos sino los domingos y el día de S. M. la reina Victoria, en testimonio este último de adhesión y de respeto á la augusta soberana del poderoso Reino Unido.

Emplazada en la estación del ferro-carril de Sevilla á Huelva, la del particular minero de esta Compañía carece como edificio de significación, reducida en realidad á simple apeadero de madera, con las oficinas indispensables; y si, lector, te decides á acompañarnos, habrá que recurrir, bien que no en balde, á la galantería de la Empresa explotadora para hacer el viaje proyectado, no sin antes de emprender el camino, haber firmado en el libro-registro que en dicha estación se lleva, con el propósito de que nadie, más que la persona favorecida, pueda usar del permiso con generosa liberalidad otorgado. Cumplido ya este requisito, ven á tomar con nosotros asiento en el departamento de primera, que ocupa el centro del coche, y donde pueden ir hasta ocho personas, y dispón el ánimo para contemplar aquella asombrosa maravilla, que habrá de llamar tu atención poderosamente, sin duda, por lo inacostumbrado del espectáculo, por la vida que revela y por la riqueza misma que por todas partes descubre. Tiene este tren, único entre los diez ascendentes que conduce pasajeros, señalada á la una su hora de partida; y apenas las manecillas del reloj de la estación marcan la hora reglamentaria sobre la esfera, como suspiro de satisfacción lanza la locomotora estridente silbido, y el tren arranca, lento y majestuoso, buscando camino por entre la red de vías que cruzan en todas direcciones el terreno de la estación, para comenzar después su carrera vertiginosa por la marisma.

Nebuloso y con cariz de lluvia estaba el día en que emprendimos nosotros la expedición á Río-Tinto. El sol, á ratos, asomaba por entre la masa cenicienta que cubría el cielo, y con las

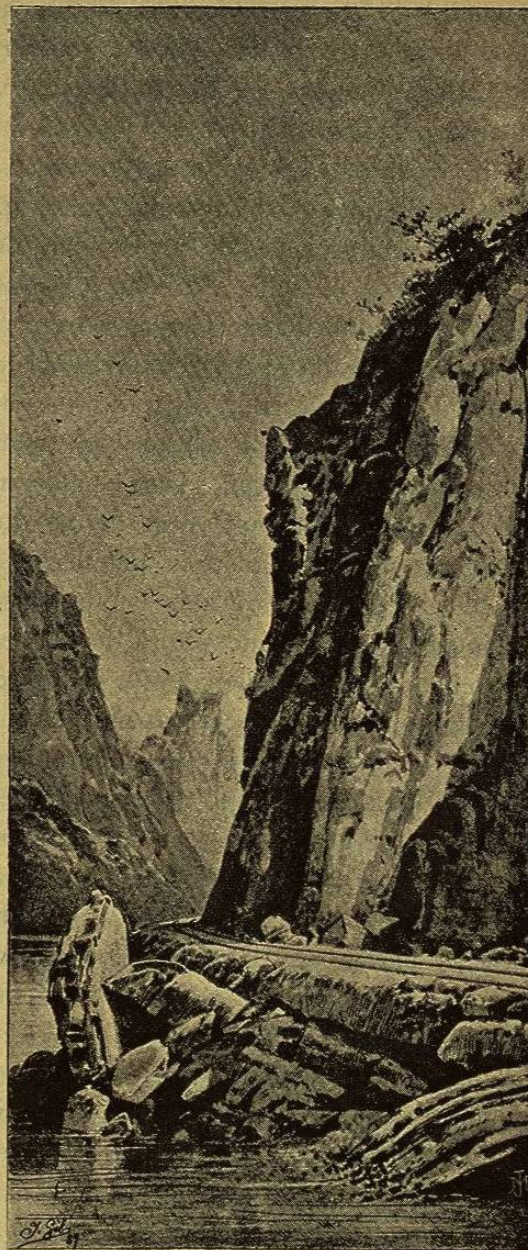
ventanillas abiertas, pudimos disfrutar del panorama que ofrecía el paisaje, desfilando á nuestra vista, al propio tiempo que con asordante estrépito se deslizaba aquel tren compuesto de multitud de vagonetas de hierro, cargadas casi todas ellas de cok, y á cuyo extremo iba el coche de viajeros enganchado. Triste era el panorama, con efecto: yermo, desolado, sin vegetación alguna, parecía á la opaca luz que se cernía á través de las nubes corresponder con la tristeza del día; á dos kilómetros próximamente de camino, durante el cual marcha la vía minera paralela á la del ferro-carril de Sevilla,—levantada sobre la marisma, se muestra singular y ennegrecida construcción, formada por larga serie de pilas de fábrica de ladrillo, aligeradas por arcos, sobre las cuales apoyan resistentes vigas de hierro. Es un depósito para mineral, donde los vagones vacían cuando no hay buques para cargarlo en el muelle, y puede contener hasta 50,000 toneladas. Lagunas que suceden á lagunas, teñidas de amarillento matiz; brazos del río que serpean con variable anchura, y por fin el río, el antiguo *Urión* ibero ó *Urium*, como le llamaron los romanos, cuyas aguas de amarillo rojo, surca alguna pequeña embarcación, y en las cuales no se cría ni vive animal alguno. Poco después, el tren se detiene en la estación primera, *Alquería*, nombre arábigo que acusa la existencia de una población, la cual no se distingue, para proseguir su marcha á través de las ramificaciones del Tinto, que por su parte se dispone á arrojarse en el Océano perezosamente.

Guardando con el nombre la memoria del arroyo que dividió los términos de Huelva y Niebla, la segunda estación de las que cuenta el ferro-carril minero es denominada *Candón*, apareciendo luego y desde larga distancia, á la izquierda de la vía, encaramada en una altura, con su cinturón de murallas y de carcomidos torreones, y su militar y romántica fisonomía, la noble ciudad de Niebla, cuyos desmochados y ya inútiles baluartes destacaban sombríamente sus extrañas y descompuestas siluetas sobre el plomizo fondo de los cielos, mientras por cima del de-

rruido adarve, y como burlándose de él, asoman sus ramas por este meridional costado los árboles que crecen en los huertos de la humilde villa. No lejos del río, y después de cruzar por debajo del viaducto de la línea de Sevilla, se encuentra la estación minera de *Niebla*, entre dos filas de árboles, los primeros que con su presencia animan el paisaje, y que desaparecen en breve, para proseguir su marcha el convoy, costeando siempre el Tinto, cuyas aguas, quietas y tranquilas como las de un lago, saturadas ya del óxido de hierro, se ofrecen por modo sorprendente coloridas de negro, en tanto que los peñascos de las márgenes continúan como un festón teñidos de amarillo rojizo. A veces, aislados de la masa general, remansos de diversa anchura y de forma caprichosa, esmaltan aquí y allí el lecho del río, cercados de una orla acarminada y sucia; en otras ocasiones, la corriente, con sus blancas espumas que destacan como filigranada labor sobre el fondo oscuro de las aguas, semeja la ebullición constante de sustancias químicas extrañas, y en todas ocasiones maravilla aquel río singular, tan distinto de todos cuantos cruzan nuestro suelo.

Desde Niebla, puede decirse que el panorama cambia de aspecto; y pasando por *Gadea*, *Manantiales*, *Las Cañas* y *Frailles*, nombres correspondientes á otras tantas estaciones, el camino va accidentándose gradualmente, y se hace cada vez más interesante y pintoresco. Y ora se abre paso á través de los montes pizarrosos que con diversas alturas sin interrupción casi se suceden; ora se dilata por estrechísimas gargantas, siguiendo siempre el cauce del río, ó culebrea como sierpe fugitiva en imposibles curvas, marchando por desfiladeros que faldean los montes coronados de exuberante vegetación selvática, ó cruza por delante de jardines y de huertos frondosísimos, ó por explanadas que dejan ver cubiertas las abruptas montañas de jaras y de brezos, de escasos y aislados pinos y abundantes tallares. Derrumbaderos, torrenteras, sinuosidades, repliegues, la naturaleza, en fin, bravía y salvaje, entregada á sí propia,

pero llena de vida, en toda su imponente y poética grandeza aparece allí al resbalar de la locomotora sobre aquella cinta negra que va trazando el camino, en el cual las escorias han sido utilizadas como grava. Así recorre el tren minero gran parte de los 83 kilómetros que separan á Río-Tinto de Huelva, trayecto durante el cual se cruza con otros procedentes de las minas y cargados del mineral cobrizo, y así llega, remontando el río y pasando de una á otra de sus orillas al kilómetro 78, donde cambia de nuevo el panorama: « los pinos desaparecen, las matas de jaras y brezales se van haciendo escasas; el río va tomando un color más verdoso », hasta el punto de semejar sus



HUELVA. — PAISAJE DEL FERRO-CARRIL MINERO DE RÍO-TINTO

aguas las de la esmeralda, ó la pintura que el acuarelista diluye en el platillo, «y los cabezos de aquella cadena de montañas, continuación de las de Sierra-Morena, van apareciendo en lontananza pelados y rojizos.»

En pos de la estación de *Jaramár*, llégase por fin á *Río-Tinto*, y entonces «de repente se os presenta», á las últimas luces del crepúsculo, «un espectáculo de las *Mil y una noches*: se os aparece un valle estrecho y largo en donde se cruzan en todas direcciones líneas férreas y trenes á docenas cargados de mineral, con treinta y cuarenta vagones cada uno; en el fondo, yendo desde un cerro á otro cerro, en los extremos del horizonte, el acueducto de Nerva, que semeja larguísimo puente colgante; más á la izquierda se os muestra, por el desnivel hecho á propósito, un inmenso cerro rojizo, que semeja, por los manchones de caparrosa azul, la paleta de un pintor, cerro cortado á talud, y en el cual divisáis las huroneras de las antiguas galerías de las minas, que ahora han quedado á cielo abierto.» «Os ensordecen y atruenan el aire los pitidos de las locomotoras, que amenazan chocar entre sí y que van pidiendo vía libre, y al aparecer, ocúltanse vertiginosamente, pasan y repasan la línea de las ardientes *teleras*, envueltas, como los trenes, entre los humos de las mismas» (1). No otro es con verdad el cuadro que se ofrece á las miradas, llenas de asombro, del viajero, al desembocar el tren en Río-Tinto: cuadro en el cual sólo la naturaleza permanece inmóvil, pareciendo todo lo demás como atacado por invencible calentura, todo en vertiginoso movimiento: desde los incontables trenes que circulan lanzando al espacio continuos y agudísimos gritos que trastornan, hasta los humos, los famosos humos de las *teleras* y de los hornos, que se extienden, se condensan y van lentamente ascendiendo como cenicien-

(1) DR. RODRÍGUEZ PINILLA, *Los humos de Huelva ante la higiene pública*, conferencia dada en la *Sociedad Española de Higiene*, el día 4 de Junio de 1889, págs. 10 y 11.

to penacho, para coronar los altos y hoy pelados cerros que limitan de todas partes el horizonte.

Allí, como cadáver tendido sobre la mesa del anfiteatro, la naturaleza se presenta al parecer inerte: nada de cuanto en la inmensa variedad de sus producciones contribuye á engalanarla y á embellecerla, nada se descubre en la vasta extensión que abarca la vista: todo es sombrío, todo triste, y hasta el sol que lanza sus rayos de oro sobre ella en tal paraje, no alumbra sino oscuras negruzcas masas de color uniforme y mortificante, ni contempla otra cosa sino en todas direcciones las entrañas de la tierra puestas al descubierto, profundas cortaduras, que semejan llagas, frecuentes perforaciones comparables á sondeos verificados en humano cuerpo, y allá á la parte del norte, inmenso cerro rojizo, donde simulan arrojados los sangrientos despojos, examinados y ya inútiles. No de otra suerte, en realidad, debió aparecerse á la fantasía de los artistas la imagen espantable de aquella región temerosa donde Vulcano ejercía su industria, ni aquella otra tampoco donde residen las cohortes satánicas que en lucha eterna con el Creador Omnipotente, abandonan sus antros horribles para derramarse por la tierra y sembrar en el corazón de la humana especie las pasiones y los vicios; y para que todo contribuya á formar tal idea, el fuego constante de las *teleras*, donde el mineral por la calcinación artificial se transforma, no otra cosa, en las negruras de la noche recuerda, sino el fuego eterno á que han sido y han de ser por la divinal justicia condenados aquellos que han dejado ganar su alma por las sugerencias reprobadas del espíritu maligno, y los gritos agudos, penetrantes y trastornadores de las máquinas de vapor, que todavía entre las sombras circulan, los de los condenados del infierno.

Y sin embargo: de allí, de aquel cuerpo de apariencias tan fúnebres y del cual todo persuade que ha huído llena de terror la vida, de allí, como de manantial inagotable, surgió siempre la de esta comarca del sudoeste de nuestra España, lo mismo